

CUERPO, MELANCOLÍA Y VIDA PRECARIA
CRÍTICA DE LA VIOLENCIA ESTATAL EN EL GIRO ÉTICO DE JUDITH BUTLER

Nair Gramajo¹
Naím Garnica²

Resumen

El trabajo aborda la noción de sujeto melancólico expuesto en la obra Judith Butler, y cómo este sujeto opera en la construcción de género y la ciudadanía política necesarias para pensar la vulnerabilidad y el cuidado. La reflexión de Butler realiza un desplazamiento ético luego de los hechos del 9/11, y su tarea en las últimas obras se encargan de analizar la vulnerabilidad diferenciada existente en la sociedad, donde se reconocen qué cuerpos pueden ser habitados y cuáles no, qué vidas merecen ser lloradas y cuáles deben ser clausuradas. Recuperar esos planteos, permite alumbrar el problema de la melancolía de género, y entender de qué modo la violencia del Estado maximiza la vulnerabilidad de las vidas no legitimadas en las convenciones del sujeto político. A su vez, nos interroga sobre los límites del cuidado y la protección en la sociedad actual.

Palabras clave: Vulnerabilidad – cuidado – cuerpo – melancolía – crítica – violencia

Abstract

The paper addresses the notion of melancholy subject exposed in Judith Butler's work, and how this subject operates in the construction of gender and political citizenship necessary to think about the vulnerability and care. Butler's reflection makes an ethical shift after the events of 9/11, and its work in the past works are responsible for analyzing the differential vulnerability exists in society, which are recognized bodies which can be inhabited and which are not, what lives deserve to be mourned and which should be closed. Recovering these planteos allows illuminate the problem of gender melancholy, and understand how state violence maximizes the vulnerability of lives not entitled to the

¹ Alumna de la carrera de Filosofía de la Universidad Nacional de Catamarca. Integrante del Proyecto de Investigación "Cuerpo abyecto y cuerpo sensológico" (2013-2015) dirigido por Dr. Horacio Tarragona acreditado por Secyt UNCa. Integrante del Instituto en Investigaciones en Teorías del Arte y Estética (IINTAE) de la Facultad de Humanidades Universidad Nacional de Catamarca. IINTAE-UNCa. nairgramajo.anna@hotmail.com

² Investigador del Instituto en Investigaciones en Teorías del Arte y Estética (IINTAE) de la Facultad de Humanidades Universidad Nacional de Catamarca. Docente de la cátedra de Epistemología I profesorado en Filosofía. Integrante del Programa de Filosofía Social y Teoría de la Sociedad del CEA-UNC (2013-2016). Becario Tipo I de CONICET. Licenciado en Filosofía. Doctorando en el Doctorado de Ciencias Humanas de la UNCa.

conventions of the political subject. In turn, questions us about the limits of care and protection in today's society.

Keywords: Vulnerability – Body – Care - Melancholy – Critical – Violence

Sujeto, Melancolía y diferenciación del género

En *Mecanismos psíquicos del poder* en el apartado titulado *Género melancólico/Identificación rechazada* Butler analiza dos textos de Freud acerca de cómo el género podría entenderse en tanto modalidad de la melancolía, o por lo menos, un efecto de la misma. Partiendo del reconocimiento de la melancolía en el proceso de constitución del sujeto que Freud muestra en relación a una forma inconclusa de duelo, Butler se propone indicar a la formación del sujeto melancólico en tanto forma de aclarar el problema de “vivir en una cultura que tiene enormes dificultades para llorar la pérdida del vínculo homosexual” (Butler, 1993:148)³. A su vez, ayuda a explicar la necesidad del proceso de identificación melancólica que tiene que transitar el sujeto para “asumir” su género. Esta tipología de duelo denominada melancolía señala aquel proceso por el cual el sujeto “incorpora” – palabra clave para comprender el proceso melancólico - el objeto perdido dentro de su yo de manera fantasmática. Freud entiende que este proceso podría presentarse en tanto el yo restituye el objeto perdido en su propio yo, incorporándolo en su superficie que modifica su estructura. La incorporación de las cenizas de los objetos perdidos es la premisa de formación del yo en tanto microhistorias de objetos no llorados o duelos no resueltos. La necesidad para el Psicoanálisis freudiano de que el Ello abandone sus objetos supone el imperativo de formación del yo-sujeto.

Sin embargo, Butler entiende que Freud posee una ambivalencia en sus escritos al entender el proceso de la melancolía. Por un lado, en *Duelo y melancolía* la pérdida del objeto supone una ruptura radical con el vínculo que desencadena la formación de otros vínculos. La melancolía en el temprano Freud aparece como una

³ Las citas de los textos abordados de Judith Butler en cuanto a su año corresponderán al año de su publicación, y no de la edición, a fin de marcar continuidades y discontinuidades en el análisis del concepto de melancolía, sin pretender realizar un desarrollo del trabajo en forma historiográfica.

forma de duelo que se puede resolver en tanto se elaboren otros vínculos sustitutivos de aquel perdido por el sujeto. Señala Freud en dicho escrito: “en efecto, no tardamos en discernir una analogía esencial entre el trabajo de la melancolía y el del duelo. Así como el duelo mueve al yo a renunciar al objeto declarándolo muerto y ofreciéndole como premio el permanecer con vida (...)” (Freud 1993). Por otro lado, y revisando la presentación de la melancolía en ese prematuro estudio, en *El yo y el Ello*, Freud destruye todo lo anterior al encontrar a la melancolía caracterizando la condición casi ontológica del sujeto para desprenderse de un objeto que por desengaño, represión o muerte no lo posee más. El objeto es incorporado en la identificación constituyente del sujeto. El abandono del objeto perdido en esta última acepción permite la preservación de ese objeto, adquiriendo un estatuto internalizado dentro del yo. Para Butler la identificación melancólica como preservación del objeto perdido es capital para comprender el proceso de represión, ocultamiento y silenciamiento o invisibilización de ese vínculo de género que la cultura sexual normativa no acepta. A propósito dice: “la internalización de la pérdida es parte del mecanismo de su rechazo” (Butler, 1993:149).

El sujeto melancólico se coloca en la paradójica situación de abandonar de manera externa el objeto, pero internamente incorporarlo para acallarlo. Podríamos decir que es una especie de oxímoron en el lenguaje de ese sujeto, es decir, una ausencia-externa/presencia-interna de esos remanentes fantasmáticamente renunciados. La filósofa norteamericana enseña que esa internalización es un modo de negar la pérdida homosexual, de mantenerla bajo control, de suspender o posponer su reconocimiento y sufrimiento (Cfr. Butler, 1993:150). Ni siquiera le cabe la posibilidad de existencia de ese tipo de deseo, su incorporación a través de la melancolía supone una forma de negación absoluta de ese objeto, que por no poseer, tampoco se lo ha perdido, y por ende, no hay que lamentarlo. Butler emplea la metáfora del amante que es dejado, el cual se niega a reconocer su pérdida, al sostener la amigable, también sufrida, y siempre bien ponderada afirmación “*nunca te perdí, porque jamás te ame*”. La afirmación establece aquella forma de no reconocimiento del objeto perdido, quien no ha poseído algo tampoco tiene porque perderlo, razonaría el abandonado/a evitándose el sufrimiento por el desamor.

Freud deudor de la tradición estructuralista levistraussiana instiga a resolver la situación del sujeto melancólico a través de un mecanismo de duelo que no es más que una forma de poder y de distribución del deseo sexual a partir de normas

previamente establecidas por la cultura. La relectura de la ley estructuralista por parte de Butler en el segundo capítulo del *Género en disputa* coloca la crítica en esa supuesta matriz de distribución de las normas sexuales y genéricas a las cuales el estructuralismo convirtió en mandato. El intento de refutación sobre la antropología estructuralista implica indirectamente, atacar el corazón del Psicoanálisis freudiano. Freud coincide con Levi-Strauss en conceder a la ley de prohibición del incesto el lugar de distribución de las normas sexuales. Ambas posturas parten de aceptar naturalmente a la masculinidad heterosexual de los sujetos del deseo, estableciendo un proceso de identificación sexual donde los sujetos ya poseen de antemano una normativa a la cual adherir. Estos planteos revelan el lugar de negación, como asimismo, a la aceptación de una eficacia de la norma sin ningún cuestionamiento. La prohibición no funciona como una condición a priori, a modo de una lógica necesaria, es más, su creación señala la existencia justamente de estos deseos y prácticas sexuales incestuosas y marginales al mandato.

En consecuencia, si se piensa las relaciones fundantes de las identificaciones de género y sexuales de los sujetos el estructuralismo preanuncia al tabú del incesto como su fuente primigenia, y simultáneamente, afirma la definición de un género que se consigue por la pérdida, específicamente, por la prohibición del vínculo homosexual. Butler denuncia la naturalización en “tanto de la heterosexualidad como de la esencialidad masculina del agente sexual son elaboraciones discursivas que en ningún momento se explican” (Butler, 1990:113). La elaboración discursiva de la antropología estructuralista y del Psicoanálisis freudiano construyen una economía racionalizadora de la prohibición que parte del tabú incestuoso hacía la proscripción del deseo homosexual sin escalas críticas. La economía sexual encuentra la necesidad de ahorrar lamentaciones por las pérdidas, y exige una identificación de género que no reconozca esas ruinas. Por lo tanto, la melancolía en tanto mecanismo de identificación, sanciona las disposiciones de formación de la heterosexualidad. Esas disposiciones no deben amenazar en ningún caso a la heterosexualidad fundadora del género, otorgándole a la matriz heterosexual del sujeto la seguridad de no convertirse en ninguna anomalía monstruosa que amenace la integridad del deber ser “masculino” y “femenino” en los espacios ciudadanos. La premisa de ese encubrimiento prohibitivo desemboca en un escenario de invisibilización de los cuerpos y las vidas de esos cuerpos donde se maximiza la violencia a la cual son expuestos.

Ahora bien, el razonamiento parecería fácil de comprender a la hora construir el género, primero negamos el deseo incestuoso hacia nuestros padres del mismo sexo, luego incorporamos esa pérdida para desear lo opuesto a nuestro sexo, y por último, silenciemos el deseo homosexual. Partiendo de una supuesta base ambivalente de la sexualidad Freud sostiene que la prohibición del incesto permite la decisión heterosexual del sujeto, y por consiguiente, su género. Sin embargo, Butler la objeta:

Freud afirma de forma rotunda que el niño debe escoger no sólo entre las dos opciones de objeto, sino entre las dos opciones sexuales, masculinas y femeninas. El niño normalmente escoge la heterosexual, lo cual sería la consecuencia no de que tenga miedo de ser castrado por el padre, sino del miedo a la castración, o sea, el miedo a la «feminización» que en las culturas heterosexuales se relaciona con la homosexualidad masculina. En realidad, lo que debe sancionarse y ensalzarse no es en primer lugar la lujuria heterosexual por la madre, sino la investidura homosexual que debe supeditarse a una heterosexualidad culturalmente castigada. (Butler, 1990:141)

Nótese la apelación a la lógica cultural que la autora le señala a Freud, no es tanto la prohibición del incesto en sí misma, sino toda la dinámica cultural de normas que rodean y se encarga de regular los cuerpos, los deseos, y las sexualidades habitables y vivibles. El mecanismo de la melancolía no responde a patrones físicos, ni naturales, ni mucho menos psíquicos de la estructura constitutiva del sujeto, sino que se encuentran formados cultural y discursivamente. Tanto Freud como el estructuralismo se apoyan en “escasos intentos por entender la negación/preservación [oxímoron] melancólica de la homosexualidad en la producción del género dentro del marco heterosexual” (Butler, 1993:137). Entonces, la melancolía en tanto una forma de la identificación de género, se entiende “como la interiorización de una orden moral que consigue su estructura y energía de un tabú impuesto desde el exterior” (Butler 1990:148).

Si bien la melancolía como identificación de género permite la conservación del objeto perdido en la incorporación interior al yo, también evidencia a esa preservación bajo el amparo de la doble negación de los tabúes. La identidad de género constituida desde la prohibición será posteriormente constitutiva y fundante

del sujeto, pero dichas incorporaciones melancólicas no son - volvemos a insistir y marcar un distanciamiento del análisis freudiano - parte primaria de la psique, sino una derivación cultural que se impone como ley cómplice del ideal del yo propuesto por Freud.

Melancolía e invisibilización ciudadana

El arquetipo de yo propuesto por Freud encubre la historia y la narrativa de esas formas discursivas de construir el género. Butler advierte como Freud encubre la genealogía de este ideal, incluso su historia es inenarrable. La táctica política del ideal del yo es la negación de la historia de prohibiciones sexuales que envuelven dicho ideal, pues “El relato de la obtención de género que se inicia con la demanda de disposiciones de hecho elimina el comienzo narrativo que dejaría al descubierto que la narración es una estrategia autoamplificadora de la prohibición en sí” (Butler, 1990:149). De esta manera, la prohibición de la ley permite la emergencia de la heterosexualidad estableciendo el canon del género, por una parte, y castigando a otras formas no heterosexuales, por otro.

Pero esto no sería lo más importante que establece la prohibición, sino la distinción entre lo decible e indecible, entre lo legítimo e ilegítimo, entre lo válido y lo inválido en las relaciones de género. La problemática de la melancolía, la sexualidad y la identificación de género se ve empeorada si tenemos en cuenta las dificultades de los colectivos sexuales minoritarios para hallar un discurso público y político que les permita llorar estas pérdidas. No sólo las pérdidas a nivel de su subjetividad, también aquellas pérdidas ocasionadas por la precarización de sus trabajos, la fragilidad de sus cuerpos frente a la violencia social y estatal, el analfabetismo, la desocupación la discriminación de sus estéticas, etc. (Cfr. Mattio, 2010).

Sostener el planteo freudiano sobre la melancolía es productivo si nos permite identificar el mecanismo que opera en el sujeto a la hora de realizar la pérdida del objeto, ahora, mantenerlo en la dinámica cultural como un análisis válido para comprender la identificación del género constituye un riesgo para las diversas formas de manifestación sexual excluidas del ideal de yo cultural. Como sugiere Butler sobre nuestra condición social, justamente, nos encontramos frente a “el dilema de vivir en una cultura que tiene enormes dificultades para llorar la pérdida del vínculo homosexual” (Butler, 1993:153). Eso supone reflexionar sobre los marcos

en los que el Estado y la cultura disponen de mecanismos de supresión de esas formas de vida, o bien las convierte en vulnerables maximizando este proceso de precariedad, o las borra e invisibiliza de la memoria colectiva. La melancolía en esa dirección es un mecanismo político de administración de la pérdida, consagrando una distribución desigual para el dolor.

Se presenta un proceso de exclusión a fin de proteger la norma de “lo humano”, dicho proceso se hace extensivo a todas aquellas formas de vida que se encuentran fuera de la norma, abyectas, monstruosas. La consecuencia es la configuración de un estado de desposesión de los cuerpos, del despojo del cuidado, y susceptible a la dañabilidad, pues son cuerpos con “vidas invivibles”, son aquellos inadmisibles en el horizonte de lo posible (Cfr. Butler, 2009:17). Pensemos, no tan sólo en este proceso específicamente para las relaciones de género, también están los desaparecidos en los años '70 en la Argentina, los negros a comienzos del siglo XX en EEUU, los judíos en los campos alemanes, los palestinos, etc. Como aclara Butler en el inicio del *Género en disputa*, la premisa es “abrir las posibilidades”, no podemos esquematizar las formas de expresión del deseo, el placer sexual, la ciudadanía política y las formas de identidad del género.

Justamente, Butler acepta esta condición común de los sujeto marcando “cuando afirmamos que la identidad de género es una estructura melancólica, tiene sentido escoger la «incorporación» como la forma en que se consigue esa identificación” (Butler, 1990:155). La melancolía del sujeto en su conjuro de resolución regenera una forma cultural de ocultamiento de las distintas formas de identificación de género, el silenciamiento del sujeto melancólico evidencia el costo que supone reconocer la pérdida del vínculo homosexual del sujeto. La interpretación butleriana del género melancólico implica considerarlo también como una identificación rechazada que permite a los sujetos en una sociedad dominada por el binarismo heterosexual varón-mujer colocarle a las pérdidas homosexuales un manto de mutismo e irrealidad. El repudio al deseo homosexual constitutivo del sujeto a partir de las prohibiciones culturales ofrece el resultado de “una forma culturalmente dominante de melancolía, la cual señala la internalización de la carga homosexual no llorada y no llorable” (Butler, 1993:154).

La efectividad del mandato prohibitivo conforma una cultura que establece prácticas reiterativas donde brota la famosa dupla de género: lo masculino y lo femenino. Ambas tipologías de género son reforzados en los marcos de esas

prácticas sociales que niegan la existencia de los vínculos homosexuales. La repetición de estas prácticas construye un marco regulador de normas que funcionan para sancionar y penar a aquellos que transgreden esos marcos sexuales. El mandato de estas prácticas reguladoras se repite, a fin de robustecer su combate contra el terror de perder su género o identificarse con algún rasgo que no sea el característico del binarismo sexual. Explica Butler:

Cuando la prohibición de la homosexualidad está culturalmente generalizada, entonces la pérdida del amor sexual es provocada por una prohibición que se repite y ritualiza a lo largo y ancho de la cultura. El resultado es una cultura melancólica de género donde masculinidad y femineidad emergen como huellas de un amor no llorado y no llorable; donde de hecho, dentro de la matriz heterosexual la masculinidad y la femineidad se ven fortalecida por los repudios que llevan a cabo. (Butler, 1993:155)

Si esa melancolía constitutiva de los sujetos siempre ha estado vinculada a la pérdida, a una ausencia ya sea reprimida o muerta, en consecuencia, si ella es parte de nuestra determinación del género, cabe preguntarse si su funcionamiento termina por ser nocivo para los sujetos. Incluso, podríamos sugerir que despierta mecanismos como la culpa, la autocensura, el castigo sobre sí mismo, en otras palabras, ¿ese sujeto es capaz de hacer converger los instintos de muerte sobre sí mismo? Pensemos que es una preservación latente, y sólo silenciada por la prohibición cultural y las diferentes operativas de violencia que el Estado habilita. Butler dejar ver que la renuncia a la homosexualidad llevada a cabo por la prohibición tan aceptada por Freud, no hace más que fortalecer a la homosexualidad.

La autora en *Mecanismos psíquicos del poder*, manteniendo un tono irónico alude a la satisfacción que sienten los paladines de la masculinidad al defender de manera heroica que en sus espacios ese tipo de deseos no ingresa. Sin embargo, al negarlos revelan su temor de que ese deseo se descontrole de su circuito de renuncia y aseche la integridad de la hombría de los mismos. Pensemos en los ámbitos sociales más reaccionarios de nuestra sociedad respecto de la homosexualidad (fuerzas de seguridad y el orden, ámbitos educativos, prácticas deportivas, circuitos laborales, etc.) donde el mecanismo de negación es constituyente y constitutivo a la vez de aquello que niega, “si la presencia de los

gays en el ejercito amenaza con destruir la masculinidad, ello es sólo porque ésta se compone de homosexualidad repudiada” (Butler, 1993:158). Más profundamente, y abandonando esa ironía, la tensión se encuentra en los rostros posibles de la ciudadanía pública en estos espacios institucionales. Son esos rostros que irrumpen en la normalidad de “lo humano” los que convocan a interpelar los límites de los marcos de reconocimiento.

La estructura del sujeto melancólico nos permite observar las maneras en las cuales se establecen las condiciones psíquicas y culturales de organización de los normas de repudio sobre la homosexualidad y sobre otras formas de expresión de los cuerpos. A su vez, la melancolía permite encontrar las condiciones de posibilidad y construcción del género legítimo en el binarismo heterosexual, mientras el funcionamiento melancólico de género nos conecta también con la reflexión de Butler sobre la Performatividad de género. Esto último, la Performatividad, hay un vasto caudal de literatura sobre el tema, por eso cabe precisar que nos limitaremos a entender este concepto en el marco de su relación con la melancolía.

Performatividad, Sujeto y Melancolía

Tanto en *El Género en disputa* como en *Mecanismos psíquicos del poder* Butler relaciona el problema de la construcción del género melancólico con la Performatividad. Si bien, en esta última es más explícita respecto de esa relación que en su primera obra, en ambas, observa la construcción del género establecida por los mecanismos de las pérdidas no lloradas de la melancolía⁴. Si aceptamos que el género se construye performativamente, es decir, en primer lugar, es una interpretación que conjura su propio objeto, y en segundo lugar, se entiende como resultado de una ritualización repetitiva de convenciones sociales, es posible que terminemos por soslayar como el género se conforma y estructura a través de estas negaciones y repudios. Aquí ya no sólo nos referimos a la construcción del género desde la matriz heterosexual melancólica, del mismo modo nos planteamos la construcción homosexual y bisexual melancólica. Por eso Butler se pregunta

⁴ En la nota número 9 del prefacio de 1999 aclara la autora, haciendo una revisión crítica de su obra, la importancia de reflexionar en profundidad el problema de la melancolía de género. Su trabajo en *El género en disputa* parecería tener algunos presupuestos no muy precisos sobre esta situación. Según señala Butler en esta nota, Jacqueline Rose reconoció una ruptura entre los planteos de las primeras páginas con las últimas, donde se pregunta “sobre la construcción del género basada en la melancolía”, algo que luego parecería olvidar o rechazar.

“¿Cómo podemos relacionar el fenómeno de la melancolía de género con la práctica de la Performatividad de género?” (Butler, 1993:160).

Una posibilidad a seguir, pero no la única, es la recuperación de la figura del *drag queen*. En su actuación de una identificación transgénérica subyace la alegoría de una muerte que se resiste a ser llorada, la performance que ejecuta “alegoriza la fantasía de incorporación de la melancolía, por la cual un objeto es acogido o asumido fantasmáticamente como modo de evitar desligarse de él” (Butler, 1993:161). Melancolía y Performatividad son resumidas en la actuación de la *drag*, en su figura confluyen las pérdidas que tratan de articular el sujeto desenmascarando esa supuesta unidad y estabilidad del género y del sujeto. Es más, podría pensarse al género y al sujeto mismo como esos actos que no han conseguido resolverse.

Si bien la figura de la *drag* desenmascara la situación de la melancolía heterosexual al construir su género desde la negativa preventiva del duelo homosexual que muestra “la ausencia de convenciones culturales para reconocer la pérdida del amor homosexual” (Butler, 1993:162), también podemos tropezar con cierta melancolía específicamente homosexual. Ya en las reflexiones vertidas en *El género en disputa* Butler presentaba esa distinción entre una melancolía de tipo heterosexual frente a otra homosexual. Sin embargo, en este primer escrito de 1990 su diferenciación es más cautelosa, pues no encuentra punto de comparación entre estos tipos de melancolía, algo que si encontrará en *Mecanismos psíquicos del poder* en cuanto a la forma de construir la identificación de género a partir del rechazo y el repudio. Veamos esta primaria distinción:

Pero aquí queda claro que la negación heterosexual a aceptar el vínculo homosexual primario es asignada culturalmente por una prohibición de la homosexualidad que no es comparable en ningún caso al del homosexual melancólico. Dicho de otra forma, la melancolía heterosexual se instaura y preserva culturalmente como el coste de las identidades de género estables asociadas mediante deseos contrapuestos. (Butler, 1990:158)

En cambio, en su ensayo de 1993 la melancolía aparece como una forma específica, pero también común a la hetero y homosexualidad, “la melancolía puede operar dentro de la homosexualidad en formas específicas que debemos replantearnos. El proceso de formación de la identidad gay y lesbiana puede conllevar un esfuerzo por negar su relación constitutiva con la heterosexualidad” (Butler, 1993:163). La

melancolía que se construye en interacción con los elementos culturales que advienen al sujeto, y su internalización, nos lleva a considerarla a modo de una condición ontológica social del sujeto. Por lo tanto, la melancolía actúa como un modo de constitución del género en términos generalizados en los sujetos, a partir de mecanismos de negación. Ellos permiten la constitución de una identificación, pero no coherente, aunque sí, por lo menos, ilusoriamente estables. Justamente, sostenemos que la melancolía es una condición común de los sujetos, en ella se dejan ver las formas en las que se constituyen los géneros de los sujetos en general. Pese a ello, la negación en esa dirección podría concebirse de una manera diferenciada. Mientras la melancolía heterosexual lleva a cabo el repudio desde un origen casi primigenio, de principio: matriz para la administración de las pautas de la cultura heteronómica, la melancolía homosexual necesita de ésta radical negación en términos políticos. Por eso, entendemos es necesario elaborar una reconceptualización de la melancolía en términos ciudadanos, para que los duelos, las vidas lloradas y los cuerpos perdidos encuentren una nueva ontología corporal.

Melancolía, duelo y ontología corporal

Recuperar el giro ético de Butler permite alumbrar el problema de la melancolía de género, y entender como la violencia del Estado maximiza la vulnerabilidad de las vidas-cuerpos de aquellos que no se encuentran legitimados en las convenciones del sujeto político. Cabe señalar que aludimos con “giro ético” a la reflexión de Butler en torno a su preocupación por la violencia ejercida por el Estado y las normas de género que el mismo construye. La reflexión de Butler tanto en *Vida Precaria* como en *Marcos de Guerra* realiza un desplazamiento ético luego de los hechos del 9/11. Su tarea en las últimas obras se encarga de analizar la vulnerabilidad diferenciada existente en la sociedad, donde se reconocen qué cuerpos pueden ser habitados y cuáles no, qué vidas merecen ser lloradas y cuáles deben ser clausuradas. Esto último, es decir, la legitimidad del duelo, del luto de algunas vidas es la conexión encontrada por el trabajo entre la construcción del género en el sujeto de la melancolía y la precariedad⁵ de los cuerpos.

⁵ En *Marcos de guerra* Butler distingue entre precariedad y *precaridad*, identificando en esta última una distribución diferencial de la dañabilidad de los cuerpos en tanto estos pueden ser aprehendidos. La precaridad de los cuerpos invita a Butler a repensar una nueva ontología corporal que le permita ampliar el reconocimiento de derechos políticos y sociales. Por eso homologa ontología del cuerpo con ontología social, el cuerpo es posible en tanto existen condiciones ontológicas y

Al presentarse el duelo por el universo de objetos homosexuales proscrito y sin lugar en el espacio ciudadano para vehiculizar su expresión, la negación de la heterosexualidad imperiosamente es mantenida en un espacio de rechazo. Las minorías sexuales excluidas del reconocimiento de sus pérdidas obtienen de este tipo de mecanismos de repudio y rechazo la posibilidad de entablar una lucha discursiva por la construcción de su identidad - aunque sea en apariencia - coherente. Precisamente, lo que se pone en juego en esas dialécticas de negación es la construcción de normas ciudadanas que interpretan un modelo de sexualidad e identidad orientadas por la vigilancia del Estado.

En *Vida Precaria* la autora identifica que la condición común de los cuerpos es que se constituyan a partir de la vulnerabilidad social física, tanto la vulnerabilidad como la pérdida son constitutivas de los cuerpos expuestos a la violencia de la sociabilidad (Cfr. Butler, 2009:46). Volviendo al Freud de “Duelo y Melancolía” le observará, en esta ocasión, esa posibilidad de elaborar un duelo en función de un olvido o sustitución. El duelo elaborado en este sentido elude la responsabilidad ética y despolitiza la función del duelo, además de pensar un sujeto autónomo que pierde algo en soledad y abstraído de todo. Butler le opone esa forma de duelo melancólico, un duelo que enfatiza la pérdida que forma una comunidad política, porque cuando se pierde a alguien, se pierde un lazo que nos compone. Dice Butler al respecto: “Mucha gente piensa que un duelo es algo privado, que nos devuelve a una situación solitaria y que, en este sentido, despolitiza. Pero creo que el duelo permite elaborar en forma compleja el sentido de una comunidad política (...)” (2009:48-49).

Esta forma de duelo que opone Butler a un sujeto autónomo muestra la interrelación que los cuerpos poseen. La corporalidad a partir de este planteo pretende zafar de una autoconciencia que toma al cuerpo como una proyección secundaria de sus procesos. La idea de interrumpir esa unidad no es porque hay un otro como unidad que irrumpa, sino por una relación comunitaria con otros cuerpos que “satura mi discurso con signos de descomposición” (Butler, 2009:49). Butler evita sustancializar las relaciones en un tramposo binomio de yo-otro o yo-tú, etc., y

sociales que permitan que esa vida sea posible. La distinción entre precariedad y precaridad sería: la primera alude a una condición compartida de los cuerpos expuestos a una violencia común, mientras que la segunda, íntimamente vinculada con la primera, refiere a inducir la precariedad de los cuerpos políticamente en un proceso diferencial del reparto la violencia (Cfr. Butler, 2010:50).

se inclina por considerar de qué modo las relaciones desintegran las unidades y desdibujan los cuerpos. No obstante, Butler comprende la necesidad de sectores políticos de conformar un “nosotros” que reclame por sus cuerpos y correspondientes derechos. El cuerpo se encuentra expuesto como fenómeno social en la ambivalencia de las esferas públicas y privadas a una común vulnerabilidad del contacto con otros y a la violencia que ello puede ejercer. La violencia a la cual son permeables los cuerpos supone reelaborar esa concepción del duelo melancólico expuesta por Freud a modo de sustitución de un sujeto que deliberadamente lo elabora. El duelo nos proyecta una pérdida de la que no estamos seguros, la desposesión a la que fuimos sometidos por la violencia desplaza una huella de desconocimiento frente a lo perdido. Esta condición de duelo, vulnerabilidad y violencia es, según Butler, lo que podría reorientar nuestras formas de comunidad y normativa política respecto de los cuerpos.

La propuesta política que Butler articula para los cuerpos es la apropiación de diversas formas de duelo y de elaboración melancólica ante el duelo, pues no poseerlas conduce a habilitar miedos que desembocan en más violencia o una represión interna. La vulnerabilidad común a los cuerpos no es una privación, sino una condición original y ontológica de los cuerpos los cuales se cuidan y reconocen diferencialmente. Tanto la vulnerabilidad como la precariedad de los cuerpos no son un rasgo caracterizador de un sujeto individual centrado en el antropocentrismo, sino una condición social, o mejor, condición de vida de todo cuerpo. La precariedad de los cuerpos implica una condición de vida, y por ende, de un cuerpo vivible, esto es: “para convertirse en digna de ser llorada” (Butler, 2010:42). Butler observa que “La vida se cuida y se mantiene diferencialmente y existen formas radicalmente diferentes de distribución de la vulnerabilidad física del hombre a lo largo del planeta”. (Butler, 2009:58). En consecuencia, si un cuerpo desaparece y ese cuerpo no es inteligible la melancolía ni siquiera tendría lugar. La norma de reconocimiento de los cuerpos depende en gran medida de una circunferencia de “lo humano” en la cual “debe” tener lugar el duelo, fuera de ella esos cuerpos no alcanzan a ser ni una abyección. La norma marca a los cuerpos no deseados a partir de relaciones de obligación mediante la violencia “de lo que debe ser un cuerpo humano” (Butler, 2009:59).

La crítica butleriana no tiene por objetivo plantearse un nuevo humanismo que defina una naturaleza alternativa. Antes bien, supone “una insurrección a nivel

ontológico, una apertura crítica de preguntas tales como: ¿Qué es real? ¿Qué vidas son reales? (...) ¿Dicha irrealdad es la condición de la violencia?” (Butler, 2009:59-60). La crítica de Butler tendiente hacia una nueva ontología corporal se plantea entonces en dos niveles: epistemológico y ético. En el primero hay que reelaborar la forma de producción normativa de aprehender una vida, es decir, cuales son las condiciones de posibilidad que orientan el conocimiento inteligible de una vida. Melancolía, precariedad y vulnerabilidad son condiciones ontológicas del sujeto que una política democrática radical debería repensar en sus marcos de derecho y reconocimiento social. Las vidas-cuerpos no llorados, o melancólicamente asumidos, han sido cuerpos que no merecen vida, sin embargo, ellos siguen viviendo como un excedente de las normas de reconocibilidad.

Conclusiones

La necesidad de reconocer la vulnerabilidad y la Melancolía como condición corporal común no trata de convocarnos a una subjetividad universal, sino a las diversas normas de reconocimiento que regulan los cuerpos (Cfr. Butler, 2009:70-71). No obstante, estas normas o condiciones de posibilidad de los cuerpos “humanos” deben ser un espacio de lucha y de desplazamientos continuos para la acción política. El caso de los recientes triunfos de la democracia liberal en Argentina nos convocan a pensar respecto de las leyes sobre el género y el reconocimiento de derechos de los cuerpos, no tan sólo sobre las minorías sexuales, sino también sobre aquellos cuerpos expuestos a la violencia. Los mismos se apropian de los reclamos de las minorías sexuales para re-direccionarlos en los marcos institucionales de regulación del deseo y los cuerpos. Pensar cómo performativamente en el contexto nacional se ajustan determinadas leyes, implica reflexionar sobre la formación y producción de sujetos dentro de estos marcos del Estado-Nación local.

La diferenciación de la melancolía en los marcos de nuestros contextos nacionales se presenta de manera estratégica para los colectivos sexuales minoritarios, y políticamente necesaria. Los conflictos generados en la esfera pública nacional en torno al reconocimiento legal de la unión de personas del mismo sexo, supuso repensar los marcos políticos de una ciudadanía sustancializada en la armonía del ciudadano. Para realizar esa tarea las estrategias de negación e identificación melancólica fue clave para el cuestionamiento de ese sujeto político

permeabilizado de normas généricas dominantes. El esfuerzo de estos colectivos por la reivindicación de sus identidades implica impugnar la configuración social y corporal de los marcos normativos que regulan a los sujetos, donde las normas de género colocan qué vidas merecen continuar viviendo, y cuales ni siquiera merecen un duelo. A nuestro parecer, así como existe un reparto diferencial para la vulnerabilidad de los cuerpos y su precaridad, también existe una diferenciación melancólica para el duelo. La precaridad de la vida de estos sujetos indica la vulnerabilidad maximizada que sufren los cuerpos de estos colectivos sexuales, sus condiciones de exposición ante la violencia social y estatal.

El cuestionamiento al marco normativo de género, incluso el de las leyes de identidad de género y el matrimonio igualitario, ambos presos del binarismo varón-mujer, requiere una melancolía homosexual que trace una política del repudio para su identificación rechazada. En ese horizonte de normas sexo-généricas donde operan las definiciones de quién es un sujeto y quién no lo es, parece imperioso repensar las formas en las que la democracia liberal articula normas constituyentes de los sujetos políticos, en particular, cuando estas normas delimitan una superficie sexual de reconocimiento diferenciado y de duelo desigual. Despojarnos de una concepción de sujeto que decide sobre sí misma, y reemplazarla por una ontología corporal expuesta a una vulnerabilidad común supone descentralizar a la comunidad.

Mientras políticas de derechos reconocen la unión de personas del mismo sexo, el Estado a través de la policía y otros organismos de control, criminaliza continuamente a los trabajadores sexuales *trans* contradiciendo y desdeñando ese reconocimiento. Al igual que la prohibición del derecho al cuerpo y sus formas de apropiación, por caso, el aborto y la eugenesia son el paroxismo de esta contradicción. Recuperando el planteo de Leticia Sabsay en *Fronteras sexuales* podríamos cuestionar si verdaderamente estas normas sexo-généricas de reconocimiento del Estado no termina por ampliar el poder del Estado y regular estas prácticas sexuales bajo la égida de una institución (matrimonio) que en sí misma es una regulación de la sexualidad heteronómica y binaria.

En definitiva, nos parece decisivo no sólo dejar de pensar al sujeto político liberal, sino también erradicar toda ontología liberal sustancializada en un sujeto autoconsciente. Abandonar ese supuesto permitirá la reconsideración de la noción de sujeto y de cuerpo a la luz de la producción de identidades que forman esas

normativas de reconocimiento tan aclamadas por la democracia liberal, desplazando el eje hacía una radicalización de la democracia. El reconocimiento del sujeto melancólico como identificación de género rechazada no sólo es una condición común de los sujetos, sino también es menester para la constitución de los mismos, y en algunos casos, una estrategia política de los sujetos que tratan de resistirse ante el poder de los marcos normativos. Entonces, la reelaboración del sujeto político liberal aparece a la luz de un sujeto descentrado y contradictorio que se asume y constituye généricamente a partir de la negación y el repudio. La iniciativa de ese sujeto es aceptar la radicalización del conflicto como forma de resistencia, y la melancolía de género entendida de esta manera podría constituirse como una posibilidad ontológica y política de repensar las formas en las cuales pensamos los cuerpos y sus lugares de habitar.

BIBLIOGRAFÍA

Butler, Judith. (1990) (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

----- (1993) (2001) *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.

----- (2004) (2006) *Vida precaria. El poder de la violencia y el duelo*. Bs. As: Paidós.

----- (2009) (2010) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Bs. As: Paidós.

Freud Sigmund. (1993) *Obras Completas*. Bs. As: Amorrortu Ediciones.

Mattio, Eduardo. (2010) “*Precariedad, ontología social y violencia estatal*”. En formato digital PDF. Córdoba. Argentina. SECyT, UNC/Museo de Antropología. FFyH, UNC.

Sabsay, Leticia. (2011) *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Bs. As: Paidós.